

# LA TAZA VACÍA

POR VÍCTOR RAMÍREZ

Sonreíste una y otra vez, cuántas veces, creo que sonreías siempre, que jamás dejaste de sonreír. Sin embargo te resulté ajeno y me considerabas tu propio, distante y me tenías próximo, inaccesible ahí tan a mano. Y decías, con el tono de quien hace un favor, y decías que me amabas, te amo, no susurrosa sino desafiante, como quien reta y exige acepten el desafío, te amo, que es lo triste, segura de ti y de tal sentimiento. Yo de cuando en cuando osaba buscar tus ojos con los míos, lo que aprovechabas para acentuar la eterna sonrisa y el brillo de tus pupilas tras los cristales violeta de tus gafas. ¿Y tú?, y yo no decía nada, ¿qué iba a decir?, únicamente un gesto de desvío con la mano y el labio inferior, la vista baja. Hoy pienso en cuánto gozabas con fingido desdén, pero te equivocas: no era fingido, y me preguntaba dónde, que dónde estaría tu intuición femenina, que para qué esa buena voluntad y mejor fe y ese loable, querías que fuese loable, ese loable deseo de quedar bien con tu Dios y ganarte un trozo más de parcela celestial. No sé si desprecio o si tan sólo vómito de aquellos empeños tuyos en mostrarme el camino de perfección, del verdadero triunfo, de aquellas samaritanas abnegaciones, lazarillo impertinente: ¿por qué diablos continué yendo a esperarte?, abnegaciones que a fin de cuentas eran la moneda con que intentabas comprar un poquito más de Gloria. Aún recuerdo la hilera brillante de dientes y la puntita de lengua que asoma sin dejar de sonreír, victoriosa, cuando llegabas de Misa, recién comulgada, efluyendo santidad, los libros abrazados contra el pecho, ¡cuánto daño me hacías!

El muchacho dejó de escribir y llevó el bolígrafo a la boca para, absorto, mordisquearlo, entornando apenas los ojos, supo que sudaba, que hace calor, que en resumen soy mariposa revoloteando siempre fuera, ves la luz y me lanzo a ella pero no, no: siempre hay un cristal contra el que tropiezas. ¿Dónde había leído ésto? ¿O eran palabras de élla, aprendidas en uno de aquellos libros que tanto me aconsejaba? El muchacho abrió los ojos: de nuevo revoloteando y sonrió con consciente amargura. Se levantó: la silla emitió un leve ruidito; se levantó con filmica parsimonia y con filmica parsimonia caminó hacia la ventana abierta y encuadrando este pedazo de cielo abrileno, limpio y fogueado, vetado su silencio añil por el lamento agudo y quejón de un mirlo imaginado sobre la brisada hoja de una platanera. Pero, de súbito, fue un imprevisto cogotazo de aire tibio y fue el temor de que volase la hija: habían abierto la puerta que da al pasillo y tuve que correr hacia la mesa y atajar con un manotazo la hoja iniciando el vuelo, debes avisar antes de entrar, mamá, bien podrías hacerlo. Con la corriente de aire, fugaz, llega el aroma dulzón, te traigo la yerba-

luisa que pediste, hijo, y había cerrado cuidadosa la puerta, pobre vieja; dije ah, ya ni me acordaba, ma. Aproveché que no hubiera nadie en la tienda para hacértela, puso la tacita sobre la mesa, tu padre viene ahorita mismo y debes bajar antes que llegue, y de soslayo vio lo escrito, ¿una carta? Si llega pues que llegue, a mí qué; y si se calienta, pues peor para él, que tendrá que volver a enfriarse, ¡vamos ya con el tipo ese!, y qué se ha creído que; sí: es una carta, cómo quema ésto, ma. Que lo dejara enfriar un poco, sólo un poco, pues como sabe bien es calentito, ¿a una chica? Me sorprendió, si supieras cuánto, él ¿a una chica? en tus labios, ma, tu mirada siempre temerosa, parpadeante, aquellas manos secándose sin cesar con la esquina del delantal, sí, a una chica, y que no era del barrio ni la conocías, contesté a tu pregunta, que la había conocido en la Universidad, durante el cacho de curso que estuve allá, entre soplo y sorbo de la infusión, está buena el agüita, muy buena; y, ma, dijiste ajá, sonriendo picarona, cómplice complacida, ajá y me vuelvo abajo, no viniera alguien a comprar. El muchacho colocaba la taza sobre la mesa, junto al papel: baja, hijo, tu padre no tardará, que te encuentre allí. Y cerró la puerta con tanto cuidado que no oí el picaporte, volví a sentarme y me puse a releer lo escrito. El muchacho releía lo escrito, me arde la boca, para que ahora salgan ampollas en la lengua, le gustaba su letra cursiva y delicada, pero de nuevo esa rabia incomprensible y repentina al recordar esa foto de boda, amarillosa de vieja, los dos tiosos y serio él y sonriente tú, ma, esa expresión sumisa en tu boca, ¿había amor ahí, ma?, ¿lo has querido alguna vez, ma?, al muchacho se le hacía impensable ¿cómo, por qué? el acto de su concepción, repugnante, y de nuevo esas inaguantables ganas de llorar entre risas de loco y gritar que todo es una broma infernal, todo es una tragedia bufa, maíta, con tu caminar de gallina, de aquella gallina pateada por padre en uno de sus arrebatos de demente cuerdo, y ganas de llorar mansamente cuando recuerdo que fuiste joven y deseada, ma, y deseada, sí, porque no fuiste fea, y ahora esa nalga más alzada que la otra, la espalda que se te joroba, ese modo de caminar, ¡ay, ese modo de caminar!, el papel temblándole entre las manos, los párpados fuertemente apretados, las mandíbulas tensas y encabritado el retumbido del corazón, alteradas las sienes sudorosas y titilantes. No acabé de releer lo escrito, el muchacho dejó la hoja sobre la mesa, miré la taza durante momentos antes de tomarla amorosamente en mis manos y llevarla, vacía, a los labios. Hoy piensa: la vida, una taza vacía de la que bebes, no, de la que intentas beber.

Y vuelve a abrirse la puerta a sus espaldas, esta vez violentamente, y me levanté, el muchacho se levantó, con rapidez, sobresaltado, temblorosa su sangre, que pareció abandonar las mejillas y buscar asilo en su pecho casi a estallar. ¿Qué hay, p?, no pudo evitar el cachetón, que me hizo tambalear, agarrar al borde de la mesa con una mano, la otra instintiva a la cara, una lágrima indócil colgando ya, ni que le cogiera, con cuánta saña, por la oreja, a mí, ya casi un hombre, y lo impeliera contra el vano de la puerta. Aquí se detiene el muchacho y trinca con el mayor de los odios sus dientes, es tanta la rabia que no oye cómo a su detrás se le acerca, y sus ojos al pensar: lo leerá, lo leerá, lo lee. Ni aunque hubiera querido, habría esquivado la patada en el trasero que casi me hizo rodar escaleras abajo: a despachar, gandul.